

Evangelio de San Juan. El que ese rústico y sin letras, dice el Crisóstomo, hable de esa manera y diga lo que jamás había oído ninguno entre los hombres, es ya de por sí un gran milagro; y una prueba más poderosa de la inspiración divina es el que todos y en todos los siglos hayan comprendido las verdades que él anunció, y que se hayan persuadido de ellas. ¿De dónde, pues, procede esa virtud? De que él da, dice el obispo de Hipona, todo lo que ha tomado; y el Espíritu Santo, en su mismo Evangelio, dice de él que, durante la Cena, su cabeza descansaba sobre el pecho del Señor. En esa fuente tomaba él misteriosamente, y lo que él tomó en el misterio lo publicó solemnemente.

El milagro del Evangelio de San Juan termina el siglo de Jesucristo, y, cual último eco de aquella era de gracia, deja al mundo nuevo un recuerdo siempre vivo de la palabra que le había engendrado, ó, mejor dicho, lo que queda es la misma palabra, siempre luminosa y fecunda. Esa palabra pone por encima de todos los ataques y errores el conocimiento de Dios, el amor de Dios hacia el hombre y la obligación en que están los hombres de servir á Dios y de amarse los unos á los otros, con cuya obligación sólo pueden cumplir por Jesucristo. Entre los esfuerzos que el espíritu de la negación y de la duda ha hecho para destruir el Cristianismo, los más atrevidos y los más sutiles han sido dirigidos contra el Evangelio de Juan, aunque, á Dios gracias, han sido vanos é inútiles, como siempre lo serán. Po-

drán, si se quiere, amedrentar y turbar algunas almas débiles; pero jamás podrán destruir la conciencia del género humano; y San Juan mismo nos muestra la razón de su impotencia: «Yo he escrito, dice, á fin de que vosotros creáis que Jesucristo es Dios, y para que, creyendo, tengáis la vida.»

LOS SANTOS.—EL JEFE DE LA IGLESIA

La Iglesia católica no es otra cosa que Jesucristo continuado por la acción permanente del Espíritu Santo; y su historia es la historia de los santos, es decir, de aquellos hombres esclarecidos que, según la expresión de San Pablo, quieren vivir en Jesucristo, y en los cuales está Jesucristo vivo. La Iglesia es la sociedad de los santos. Después que nació de la sangre del Hombre-Dios, y fué vivificada por su espíritu, es la única que tiene existencia real y verdadera sobre la tierra, y sus miembros son los únicos que tienen vida, porque solamente ellos principian la vida eterna. Todo lo que en el mundo se hace es á favor de la Iglesia ó contra la Iglesia, y esa doble acción se ejecuta con una energía tan persistente y durable, cuanto durable es su existencia en este mundo. La Iglesia es el bien, y el mal no vive más que para combatirla, y lo hace con una tenacidad incansante.

Todo lo que hace la Iglesia es declarado como malo, absurdo y funesto por el espíritu del mal, y al mismo tiempo que la

insulta por lo que hace, estudia el modo de imitarla. El mal tiene también sus dogmas, su disciplina, su culto y su sacerdocio, que son la negación obstinada y la contraposición servil de los dogmas, de la disciplina y del culto católico. Artículos de fe, sacrificios, pequeñas devociones, penitencias, nada falta al espíritu maligno, y, sobre todo, tiene también sus santos y sus héroes; y ese es el punto en que las religiones humanas y particulares han tenido más cuidado de plagiar y tomar lo que hace la religión divina y universal. La razón para obrar así es muy clara, por más que generalmente la desconozcan los que la ponen en práctica, porque el fin infernal de esas religiones es el suprimir á Dios en provecho del hombre y el hacer al hombre un dios sin serlo.

Los sectarios, los indiferentes y los incrédulos tienen, pues, sus santos, á quienes llaman grandes hombres, y á los cuales exponen á la pública veneración en las calles y en las plazas, y á esas divinidades panteísticas dedican sus sepulcros y panteones. De ese modo sólo dan honores á los méritos puramente humanos. Alguna vez se ha visto que han acordado levantar una estatua á verdaderos santos, que todavía no eran grandes hombres, y que llegaron á serlo repentinamente por un decreto civil, fundado en sus talentos ó en la gran notoriedad de sus dotes sociales. Pero al decretar semejantes honores no se tiene para nada en cuenta la virtud y la santidad; y si las virtudes hubieran de tenerse en cuenta, sería entonces preciso pedir á la

Iglesia católica los nombres de varones esclarecidos á quienes ella ha coronado ya de gloria y de esplendor.

La Iglesia exige para sus santos otros títulos; ella no venera un dón de la inteligencia, un descubrimiento científico, un acontecimiento artístico, las maniobras ni la guerra; pero, ocupándose únicamente de glorificar á Dios, de hecho es ella sola la que da gloria también y enaltece la humanidad, porque, sin mirar á la contingencia y eventualidad de los talentos y de la fortuna que puedan alcanzar esas obras puramente humanas, corona el valor y la belleza del alma. Y como la causa de sus coronas y recompensas es más legítima, más pura y más sublime, su resplendor es incomparablemente mucho más grande y más universal. Por eso los nombres de estos santos de la Iglesia católica traspasan las fronteras todas del espacio y del tiempo, y su prestigio, gloria y popularidad no tienen igual. Por lo que toca al pueblo, que es como si se dijera la casi totalidad de los hombres, no hay más que dos ó tres nombres de la antigüedad que hayan sobrenadado en los acontecimientos y cataclismos sociales, y hayan llegado hasta nuestros días; tales son : Alejandro y César, símbolos de la fuerza. Por lo demás, ¿quién ha conocido jamás, ni aún de nombre, á Platón, Sócrates, Aristóteles, Cicerón, Virgilio y Augusto? Entretanto no hay un solo paisano católico que no sepa muy bien lo que fueron San Pedro, San Pablo, San Agustín, San Luis, San Vicente de Paul, San Ignacio de Loyola, Santo Domingo de Guzmán, Santa Teresa de Je-

sús y otros muchos héroes del cristianismo, nacidos en distintos países y procedentes de diferentes razas. En todas las latitudes son conocidas y visibles á los ojos de los fieles esas hermosas y esplendentes estrellas de la humanidad divinizada. El paisano y el hombre rústico de los campos celebra la fiesta de Santa Rosa de Lima, de Santa Clara y de Santa Escolástica, y pone á sus hijas el nombre de esas vírgenes que no murieron en su país, ni pertenecen á su raza; y el indio de los Andes y el salvaje bautizado recientemente en las aguas del mar Glacial dirigen también sus plegarias á Santa Genoveva y á San Luis. El Soberano Pontífice inscribió no hace muchos años en el catálogo de héroes del Evangelio el nombre de una pobre y tierna pastorcita, Germana Cousín, que vivió hace dos siglos en un triste caserío de Francia, y que murió sin haber hecho otra cosa durante su vida que guardar las ovejas y hablar con Dios en la oración; y, sin embargo, el nombre de Germana Cousín será más conocido y se extenderá sobre la tierra mucho más que el de muchos hombres célebres del mundo. Su imagen se conservará con respeto y amor en su patria y lejos de ella, bajo el techo de la humilde choza, en donde jamás se hablará de Alejandro, de César ni de Napoleón; y ella, no solamente será conocida, sino que además habrá almas humildes y almas grandes que desearán imitarla, y la tomarán por modelo y ejemplar de su vida, y la pedirán su protección, y, aspirando como ella á ser cada día más agradables á los ojos de Dios, llegarán á ser

también vasos de fe, de pureza y de caridad. De tal naturaleza es el culto de los santos; y él tributa honor á los méritos que son mucho más superiores á los que proceden del talento, del genio ó de la fortuna; y además los hace accesibles á todo aquel que sinceramente quiera adquirirlos. Así es como el culto de los santos, nacido en la Iglesia católica, se perpetúa en el mundo para la salud del género humano, sin que jamás sean capaces de oscurecerle ni de abolirle los esfuerzos del espíritu del mal, ni la envidia impotente de la ciencia y de la virtud puramente humanas puedan jamás imitarle ni reemplazarle.

Reuniendo algunos datos históricos acerca de la importantísima misión que llena la Iglesia al declarar y proclamar sus santos, debemos extendernos más acerca del primero y más grande de los Papas, aquel de entre todos los mortales á quien Dios ha comunicado más visible y poderosamente el privilegio de la inmortalidad, y que será eternamente sobre la tierra el Jefe de la Iglesia y el Vicario de Jesucristo.

San Pedro, así como se le llama el Príncipe de los Apóstoles, puede también llamarse el príncipe de los santos. Elegido por Jesucristo para ser el fundamento de la Iglesia, fué formado é instruído por el divino Maestro en las virtudes que habían de ser y constituir el carácter distintivo de la humanidad regenerada; y con esas nuevas y excelentes virtudes recibió la investidura de un poder enteramente nuevo, sobrenatural y divino, que antes que él jamás le tuvieron los justos ni los hombres más

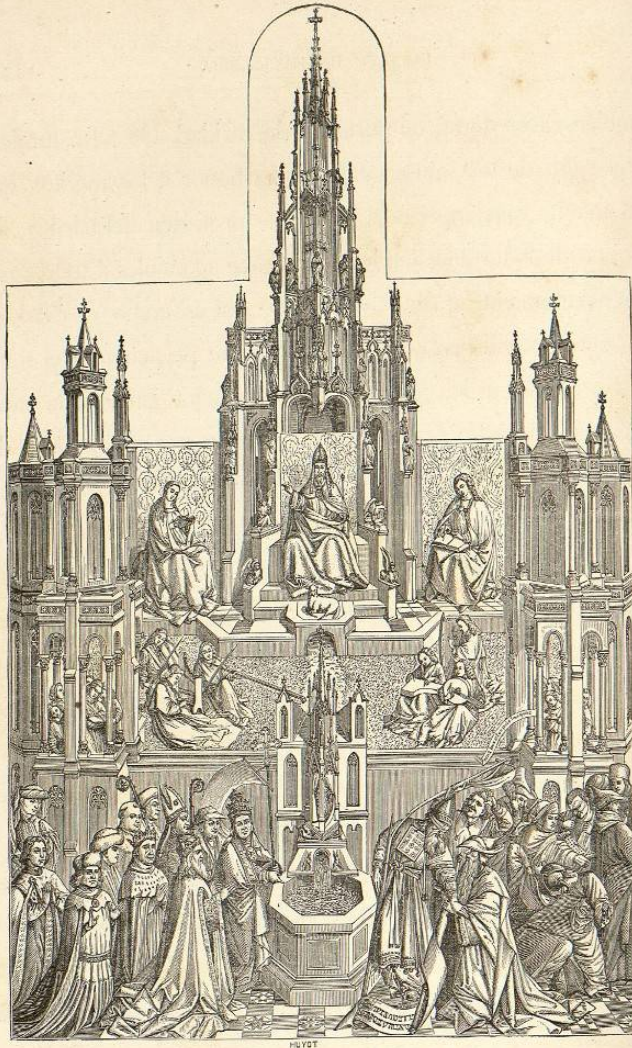


Lámina 120.—La Fuente de la vida.—Cuadro de Juan van Eyck, que se halla en el Museo de la Trinidad, de Madrid, y data del siglo XV.—Esta composición, acomodada al plan de una catedral ojival, representa la nueva alianza de Dios con el mundo. El Cristo, víctima del sacrificio, está sentado sobre un altar, y á sus piés tiene el Cordeiro pascual. Á la derecha está la Virgen leyendo, y á la izquierda San Juan escribiendo el Apocalipsis. Los ángeles acompañan con sus instrumentos el cántico entonado por un coro celeste repartido en las dos torrecillas. La fuente mística que brota del trono de Jesucristo rueda la hostia, y allí se separan las dos sociedades, quedando de un lado el judaísmo, cuyos representantes manifiestan su ceguera, el desaliento, el desprecio ó la cólera, y del otro, el Cristianismo, que bebe en la fuente de salud.

amados de Dios. San Pedro es el modelo de los creyentes, de los penitentes, de los apóstoles, de los doctores, de los pontífices y de los mártires. En sus manos están todos los blasones y todas las palmas, pues tiene la sabiduría de lo alto para enseñar, y el poder para condenar y para absolver; tiene las llaves del cielo, y puede muy bien la humanidad decirle lo que él mismo decía al Salvador de los hombres: «Vos tenéis palabras de vida eterna.»

Por mandato de su Maestro emprendió Pedro la más asombrosa revolución que el mundo ha visto y que ha podido concebir el espíritu del hombre, y la cumplió y llevó á cabo con el auxilio que fué la recompensa de su fe y de su valor. Atacó y destruyó los dioses y el imperio de Roma. Murió en la cruz, que era el suplicio de los esclavos; pero, en realidad, era legislador, pontífice y rey de la tierra, el primer rey de la única dinastía que debe ser eterna, el vencedor del César, que entonces era Nerón, lo que vale tanto como decir el vencedor de todos los vicios y errores juntos, en el mismo momento en que esos vicios y esos errores eran los dueños irresistibles de los hombres y recibían de éstos los honores de la divinidad. Él rompió las cadenas, y las rompió para siempre, instituyendo la majestad de la verdad, que, siempre pronta á combatir á favor de la justicia, no ignora que ella lleva en pos de sí el triunfo y la victoria cuando sube las gradas del martirio.

La gloria de San Pedro en este mundo sobrepuja, si es po-

sible, á sus trabajos. Hace ya diez y ocho siglos cumplidos que un empleado subalterno de la policía de Nerón le conducía al suplicio, y, sin embargo, es todavía el personaje más grande y más vivo de la historia. Todo entendimiento capaz de recibir el Evangelio conoce su vida y bendice sus obras; los genios más nobles se han ocupado en meditar las circunstancias más insignificantes que se relacionan con él; la poesía y las artes se han inspirado al contemplarle, y la teología ha tomado de él sus leyes y sus principales fundamentos. Su sepulcro, visitado de todos los pueblos, ha llegado á ser como el arco maestro para la bóveda del orden social. La fe de sus innumerables fieles asegura y garantiza la existencia de su reino, sostenido por necesidad por el espanto de aquellos mismos que quieren sustraerse de él y que sienten y preven que todo cae y se arruina en el mundo si llega á faltar ese majestuoso y venerado trono, desde el cual, aunque incesantemente combatido de formidables y poderosas borrascas, Pedro, que vive en sus sucesores, investido de todos los privilegios, preeminencias y prerrogativas que Jesucristo le concedió, gobierna los pastores y los rebaños, enseña, corrige, ata, desata, manda á las inteligencias y dirige las almas. En vano el orgullo le contradice, se rebela, emplea el sofisma, la astucia, la injuria, la fuerza, y algunas veces separa todo un pueblo ó todo un imperio de su obediencia y unidad. Aquellos que fueron arrastrados por el enemigo á las tinieblas conservarán siempre en sí un recuerdo y sentirán una necesidad

de la luz que perdieron, y esos sentimientos les volverán á conducir á ella; y mientras tanto Pedro, mandando y gobernando lo más escogido del género humano, continuará siendo el maestro y el alcázar seguro de la verdad. No hay en la tierra manos que puedan abolir sus leyes, y su palabra es un puerto de refugio que la mar embravecida podrá cubrir de espuma, pero que jamás podrá destruir. Él presencia sin temor los esfuerzos furiosos de las revoluciones, escucha sin palidecer los inmensos clamores y acusaciones que levantan, y, volviéndose hacia su pueblo, recibe de él el *Amén* de fidelidad que oscurece y se sobrepone á toda protesta, á toda negación y á todas las pasiones. Tal es en los tiempos actuales el poder de Pedro, contra el cual sucesivamente, y aún en ataque simultáneo, se ha conjurado todo lo más poderoso y gigantesco que pueda producir la especie humana; y, á pesar de eso, ha vencido á Nerón, á Mahoma, Arrio, Lutero y Voltaire, y abraza con su amor al mundo conocido, y lleva su espíritu é influencia directa al corazón de doscientos millones de bautizados, que son la parte más selecta y distinguida del género humano, y anuncia todavía que no se han concluido sus conquistas, porque la plenitud de las naciones entrará, por fin, en el gremio de su Iglesia predilecta. Esa seguridad le dió Jesús con estas palabras que un día le dirigió: «Tú serás pescador de hombres.»

Ahora bien, este hombre mortal, más favorecido que Abraham, más poderoso que Moisés y más inspirado que los Profe-

tas; este legislador, este pastor, este Vicario de Jesucristo, ¿quién era él para ejecutar semejantes obras, y qué es lo que ha hecho para conquistar una gloria tan admirable? Él, de suyo, no tenía ni fortuna, ni genio, ni fuerza, y por toda ciencia é ilustración sabía dirigir su barca y componer sus redes. Pero, si bien eso es verdad, también lo es que era hombre honrado y humilde de corazón, que tuvo fe y amó á Jesucristo, y que, cuando Jesús le mandó dejarlo todo para seguirle, no dudó un instante cumplirlo. Ahí está el secreto de su poder y de su gloria. La causa fué su sencillez, de la cual nació su fe, y de su fe nació su amor, y de su amor el fruto de la obediencia; y por esta obediencia absoluta é incondicional, que no halló nada imposible, ni rehusó los trabajos del apostolado, ni los horrores del martirio, llegó Pedro, á su vez, á ser amado de Jesucristo. El Hijo de Dios le admitió en su escuela, y le formó para ser el maestro del género humano.

Lo que excede á toda belleza y no puede expresar la humana elocuencia es la primera parte de la vida de Pedro, pasada en la escuela de Jesús. Un Dios bajándose hasta los hombres para instruirlos era una de las ficciones más agradables de la poesía antigua y el vestigio más consolador de la verdad perdida. En medio de las miserias, cuya causa había olvidado y cuya extensión no conocía, la humanidad, ciega y afligida, se resistía á creer que ella debiera su existencia al azar, y que de sí misma tuviera los escasos bienes que poseía; antes al contrario,

se decía á sí misma que un Dios había vigilado sobre su cuna y la había dado las leyes y las artes. ¡Cuánto ha excedido la nueva realidad á todo lo que el genio de los poetas pudo reunir para ponderar el confuso recuerdo del Paraíso, fielmente conservado por la conciencia humana!

Si se quiere comparar todo lo que el hombre puede prever acerca de la bondad de Dios con lo que esta misma bondad puede hacer por el hombre, conviene leer en Fenelón cómo instruye Mentor al futuro rey de Itaca, y seguidamente leer en el Evangelio cómo instruyó Jesucristo á los pobres pescadores de Galilea, de los cuales había de servirse luégo para cambiar la faz del mundo. ¿Quién hubiera podido imaginar, ni quién se hubiera atrevido á concebir este milagro tan asombroso del divino amor? ¡Tanta paciencia, tanta ternura, tanta majestad, toda la complacencia de un amigo, la bondad toda de un padre y toda la grandeza y presciencia de Dios puestas en ejercicio por amor al hombre! Jesús los llama, los ama, se acomoda á la pobreza de sus conocimientos y de sus juicios, les habla en un lenguaje que ellos puedan comprender, los alimenta, los sirve, cura á sus parientes cuando están enfermos, y cada una de sus acciones está ordenada y encaminada á constituir su regla de conducta, luégo que ellos recibiesen el mandato y misión de enseñar á todos los hombres.

Mas, de todos los Apóstoles, ninguno fué preparado é instruído con más cuidado y vigilancia que Pedro, y en verdad

que él mismo justificó incesantemente el fundamento de tan señalado favor, y notoriamente supo corresponder á él. Desde que figuró en el Evangelio, se le vió siempre humilde, lleno de confianza, sincero, generoso y digno, por la constancia de su fe, de llevar el nombre simbólico de piedra, que le fué dado desde el principio de su vocación por el Salvador. En todos los actos aparece el primero. Á él se refieren todas las grandes sentencias é inspiradas predicciones que anuncian el desenvolvimiento y el triunfo eterno de la Iglesia. Sentado en la barca de Pedro, que yá era la nave misteriosa de la Iglesia, pronunció Jesús el primer discurso público de que hacen mención los Evangelios. Pedro fué el que, después de ese discurso, lanzándose á plena mar y confiando únicamente en la palabra de su Maestro, arrojó la red para la pesca milagrosa, y el que, reconociendo en ese admirable suceso la mano poderosa y la intervención de Dios, se llenó de humildad y de confusión, en vez de dejarse vencer de los sentimientos de orgullo y de propia complacencia. Él fué el que, al querer Nuestro Señor someter á una prueba la fe de los Apóstoles, exclamó: «¡Vos sois el Hijo de Dios vivo!» Él fué el que, para juntarse con Jesús, no temió lanzarse en medio de las olas; el que tiene valor de armarse para defender á su Maestro cuando le vió ultrajado; el que, haciéndose superior al terror que experimentaron los demás Apóstoles y discípulos, siguió, aunque de lejos, á Jesús hasta el pretorio; el que, habiéndole negado tres veces por el

temor, se arrepintió al momento, y lloró amargamente su culpa, y él fué, en fin, el que, á pesar de la gravedad de su caída, conoció perfectamente la misericordia del Hijo de Dios, y se sintió con bastante seguridad de corazón para decirle: «¡Señor, Vos sabéis si yo os amo!»

Entonces fué, efectivamente, cuando Jesús, viendo que el amor de Pedro era firme y superior al de los demás, y su fe también más perfecta, le confió la potestad suprema sobre las almas por toda la duración de los tiempos, en estas palabras: «Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos.» Por medio de la triple confesión de su amor borró Pedro, según sentir de San Agustín, la triple culpa de sus negaciones, y el Hijo de Dios, confiando en su discípulo, y habiendo probado su amor como prueba el arquitecto la piedra que piensa destinar para base de un edificio, le confirió y puso en sus manos lo que hay de más grande y de más sagrado: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas,» que es decir el rebaño entero y completo, sin excepción ni distinción alguna; de manera que, en adelante, lo que no pertenezca al redil de Jesucristo tampoco es del redil de San Pedro, y todo lo que no es del rebaño de San Pedro deja también de pertenecer al de Jesucristo.

Bossuet nos describe ese plan divino, diciendo: «Nuestro Señor Jesucristo, queriendo formar el misterio de la unidad, eligió los Apóstoles de entre todos sus discípulos; y queriendo consumir y perfeccionar ese mismo misterio de la unidad, eli-

»gió al Apóstol San Pedro para preferirle y sobreponerle, no
 »sólo á todo el rebaño, sino también á todos los pastores, á fin
 »de que así la Iglesia, que en su estado invisible es una con su
 »Jefe invisible, fuese también una en el orden visible de su ad-
 »ministración, gobierno y conducta, con su Jefe visible, que es
 »San Pedro, y el Pontífice que legítimamente deba ocupar su
 »silla en el trascurso de los siglos. De ese modo el misterio de
 »la unidad universal de la Iglesia está en la Iglesia romana y en
 »la silla de San Pedro; y como para juzgar acerca de la fecun-



Lámina 121.—La Judea conquistada. Á la izquierda está el busto de Tito, vencedor de Jerusalén, y á la derecha está la Judea cautiva, sentada bajo una palmera. — Museo de Numismática, en París.

»didad hay que fijarse en la unidad, se ve claramente con qué
 »prerrogativa tan excelente de honor y de caridad es el romano
 »Pontífice el padre común de todos los hijos de la Iglesia. Para
 »consumar, pues, el misterio de esa unidad, fundó San Pedro,
 »á costa de su sangre y con su predicación, la Iglesia romana,
 »como lo atestigua y lo ha reconocido toda la antigüedad. Pri-
 »meramente fundó para los judíos la Iglesia de Jerusalén, por-
 »que á ellos debía ser anunciado antes que á otros el reino de
 »Dios, con el fin de honrar así la fe de sus padres, á quienes

»Dios había hecho sus promesas; y habiéndola dejado ya esta-
 »blecida, salió de Jerusalén para venir á Roma, con el fin de
 »dar honor á la predestinación de Dios, que prefirió los gentiles
 »á los judíos, en cuanto á la gracia de su Evangelio. Así fundó
 »en Roma, que era entonces la capital y cabeza del gentilismo,
 »el primado y la jefatura suprema de la Iglesia católica, que de-
 »bía componerse principalmente de los gentiles dispersos, para
 »que, de esa manera, esa misma ciudad, bajo cuyo imperio se
 »hallaban unidas y dominadas tantas monarquías y tantos pue-
 »blos diferentes, fuese en lo sucesivo la silla del imperio espiri-
 »tual que debía unir todos los pueblos, desde el Oriente al Po-
 »niente, bajo la obediencia de Jesucristo. San Pedro, pues, con
 »la verdad del Evangelio, llevó juntamente á su Iglesia la pre-
 »rogativa de su apostolado, es decir, la proclamación de la fe
 »y la autoridad de la disciplina.

»Al confesar Pedro la fe, oyó de los labios de Jesucristo es-
 »tas palabras : «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi
 »Iglesia.» Y declarando San Pedro su amor hacia su Maestro,
 »recibió de Él este mandato : «Apacienta mis ovejas, apacienta
 »mis corderos.» Fué eso lo mismo que decirle : Cuida las ma-
 »dres, cuida los hijos, cuida los fuertes, cuida los débiles, cuida
 »todo el rebaño. Apacienta significa también conduce. Tú, pues,
 »que eres Pedro, proclama la fe y pon el fundamento; tú, que
 »me amas, apacienta el rebaño y establece la disciplina.»

Detengámonos todavía más ante este espectáculo del más